

EL EXILIO DE LOS NOVICIOS JESUITAS DE LA PROVINCIA DEL PARAGUAY

CARLOS A. PAGE
(Conicet-Arg.)

Resumen

Con la relación inédita sobre el viaje de los novicios expulsos del Padre Miranda, la biografía también inédita del novicio Baigorri del Padre Juárez, amabas ubicadas en el Archivo de Loyola, y de una serie de documentos complementarios, seguimos el derrotero de once jóvenes que no llegaron a tener la oportunidad de incorporarse a las memorables hazañas de los jesuitas del Paraguay. Su largo peregrinar comenzado con la expulsión y que se prolongó por 21 meses, despertó la compasión general de todas las poblaciones por las que pasaron. Vicisitudes que son testimonio de tiempos difíciles para la Compañía de Jesús en una región indudablemente emblemática.

El noviciado del Paraguay

Las primeras normas para la admisión y probación de los novicios fueron dadas por el propio San Ignacio en 1538 hasta que se sancionaron las Reglas y Constituciones. Mientras que para su funcionamiento, se siguieron las rígidas normativas de los primeros noviciados de Roma y Coimbra que fueron modelos para estas Casas, hasta que el Padre Jerónimo Nadal, como Asistente de España, impuso reglas definitivas, luego que se crearan los noviciados de Valencia para la provincia de Aragón, el de Simancas para la de Castilla (luego trasladado a Villagarcía de Campos), Córdoba para la de Andalucía (luego trasladado a Granada), y Villarejo de Fuentes para la de Toledo (luego trasladado a Madrid). En todos los casos la nobleza participó de estas fundaciones en calidad de patronos, donantes o colaborando con el objetivo. Posteriormente y de acuerdo a las disposiciones de la IV Congregación General (1581) se le recomendaba al general Aquaviva que velase y perseverase en la tercera probación. Y así lo cumplió en una serie de ordenaciones dictadas en 1583, 1592 y 1601.

Antes de ingresar al Noviciado o Casa de Probación y conforme a los dictámenes de las Constituciones de la Compañía de Jesús, los postulantes debían pasar por una Primera Probación que consistía en la admisión a la vida común de los novicios, previo a la renuncia de sus posesiones (*actu sit pauper*). Lo hacían por unos días y una vez aceptado comenzaban sus dos años de Noviciado donde los maestros seleccionaban a quienes lograrían seguir los estudios y a los que podrían seguir tareas prácticas como coadjutores. En este periodo llegaban a la Segunda Probación, donde atravesaban seis experiencias fundamentales, que eran la práctica de los Ejercicios Espirituales, la

asistencia en hospitales, visita a algún santuario, práctica de ejercicios domésticos, de enseñar la doctrina cristiana a los niños y de confesar y predicar. Al finalizar, los jóvenes hacían votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia. Pero a los escolares les quedaba un año más para realizar su Tercera Probación donde cultivaban el afecto espiritual y de la voluntad. Esta etapa llamada Juniorado preparaba al novicio para que se iniciara en los estudios superiores de filosofía y práctica del magisterio y teología, que se podían extender a siete años más, periodo en el cual se ordenaban sacerdotes¹.

El responsable de la organización y marcha del Noviciado era el Maestro de Novicios quien era guía espiritual de los jóvenes, desde su admisión hasta que concluían la Segunda Probación. Elegido por el Padre General, su tarea era estimada y considerada dentro de la comunidad. Le auxiliaban en la misma dos ayudantes, un sacerdote y un coadjutor que hacía de manuductor. Tenía reglas especiales para su desempeño, definitivamente promulgadas por el general Aquaviva.

El noviciado de la provincia del Paraguay se encontraba en la sede provincial de Córdoba, habiendo sido creado por el P. Diego de Torres en 1608 cuando designó al P. Juan Romero² como maestro de novicios, aunque por breve tiempo ya que en ese mismo año éste se tuvo que ausentar a la primera Congregación Provincial llevada a cabo en Santiago de Chile y donde fue elegido procurador a Europa, siendo reemplazado por el P. Juan de Viana que seguiría dirigiendo a los primeros cuatro novicios³. Un informe que brinda al año siguiente el P. Juan Darío desde Santiago del Estero confirma al P. Viana como rector y maestro de novicios de la Casa de Probación, siendo asistido como compañero el P. Francisco Vázquez Trujillo⁴, quien luego pasó a ser rector del colegio y el P. Juan Bautista Ferrufino maestro de novicios⁵.

Los Noviciados o Casas de Probación podían tener rentas fijas como los colegios. Generalmente estaban ubicadas junto a las sede de provincia, aunque se incentivaba que estuvieran retiradas de ellas. En el caso de Córdoba siempre permaneció junto al Colegio Máximo, aunque retirado. En 1617 los jesuitas compraron y ocuparon una casa ubicada frente a la Plaza Mayor, en el solar del por entonces cerrado seminario diocesano. Con los que había y los nuevos novicios que trajo el P. Viana de España ya casi llegaban a la decena, aunque aún carecían de fundación económica, era sostenido por el colegio y la provincia hasta que con la venta de unas casas de la ciudad se compró una hacienda. El P. Viana incluso presentó en la oportunidad de su viaje a Roma un memorial fechado en 1616 donde propuso que los novicios del segundo año aprendan lenguas indígenas⁶. Los novicios estuvieron allí hasta 1628 en que la Congregación Provincial decidió alquilar la propiedad a la Aduana y en 1683 venderla. A mediados de ese siglo el general Nickel recomendó especialmente al provincial del Paraguay, que edificaran una casa aparte aunque dentro de las tapias del colegio. Insistió su sucesor González y la solución afloró con la donación de la propiedad urbana que realizó el sacerdote Francisco Mujica en 1700. Tres años después el P. Francisco se incorporó al Instituto, acompañando a su hermano Ignacio que lo había hecho en 1698. La casa se reacondicionó con el proyecto del arquitecto coadjutor Johann Krauss, aunque las obras se suspendieron en 1713 por orden del general Tamburini quien mandó construir una nueva casa separada, de dos plantas, dentro de la manzana del colegio, también proyectado por Krauss.

Mientras el P. Francisco Mujica se quedó en su casa convertida en Casa de Ejercicios⁷, los novicios se mudaron nuevamente a la manzana en 1713, y en 1725 quedó habilitada su nueva morada. Según los frondosos inventarios realizados al tiempo de la expulsión, el noviciado contaba con siete aposentos en la planta baja y siete en la planta alta con una despensa pequeña. En el claustro bajo había un nicho con una imagen de Nuestra Señora del Pilar, mientras que en la escalera que unía ambas

plantas había dos nichos, una con la imagen de Jesucristo y otra con la de Nuestra Señora de los Dolores. Se destaca de todo este conjunto actualmente existente, la ricamente ornada Capilla Doméstica y su sacristía.

Luego de la expulsión, el edificio del noviciado fue utilizado para tribunal y cárcel, mientras que en una habitación abierta hacia la calle Caseros, seccionada a la Capilla Doméstica, funcionó la Administración de Tabacos. Recién en 1792 el marqués de Sobremonte le dio el destino de Casa de Ejercicios, dirigida por Guadalberto Coarazas y Miguel del Moral. Aunque luego de las Invasiones Inglesas sus claustros también albergaron a los prisioneros de la contienda⁸.

En cuanto a las rentas del Noviciado diremos que se sustentaba con lo producido en las extensas y ricas estancias de Santa Catalina y La Candelaria. La primera comprada para Casa de Probación y procuraduría de provincia en 1622, y la segunda adquirida por donación que hizo Francisco Vera Mujica en 1683⁹.

El P. Escandón y los últimos novicios

Para el tiempo de la expulsión se encontraban en el noviciado de Córdoba once jóvenes, entre 17 y 22 años los estudiantes, y entre 20 y 39 los coadjutores. Cabe señalar que los novicios estudiantes eran cuatro criollos, nacidos uno en Córdoba, dos en Santiago del Estero y uno en Asunción. Mientras que los siete coadjutores eran todos españoles, excepto un correntino¹⁰. Era por entonces Maestro de Novicios el P. Juan de Escandón y ayudantes¹¹ el P. Juan de Arizaga¹² y el H. Antonio Scola¹³.

La figura del P. Escandón es sumamente relevante en la historia jesuítica del Río de la Plata. Se ocuparon de rastrear sus datos biográficos, su contemporáneo el P. José Manuel Peramás¹⁴ y el incansable P. Guillermo Furlong¹⁵. Previamente a concentrarnos en su ingreso como Maestro de Novicios en el Noviciado, acercaremos apenas algunos pasajes de su vida como que nació en Celucos, Santander, el 20 de julio de 1696, ingresando a la provincia jesuítica de Andalucía cuando contaba con 20 años de edad. Su sacerdocio lo alcanzó diez años después en Granada y sus últimos votos los profesó en el navío “San Bruno” cuando se encontraba de viaje a América con el procurador Antonio Machoni, llegando a Buenos Aires en el mes de marzo de 1734. Su primer destino fue la estancia de Alta Gracia, aunque al año siguiente se lo envió a las reducciones guaraníicas. Estuvo en San Ignacio Guazú y Santa María de Fe. Fue ministro del provincial Machoni, rector del convictorio y socio del provincial Querini, procurador a Europa entre 1757 y 1764, trayendo en dos barcos una nutrida expedición de 61 jesuitas españoles y 2 bávaros¹⁶.

Inmediatamente de arribado a Montevideo, el procurador Escandón fue designado Maestro de Novicios. Escribe Peramás, su compañero de viaje en el destierro, que él mismo “pidió encarecidamente se lo eximiera de esta ocupación, pues ya sentía debilitadas las fuerzas del cuerpo, languidecía su espíritu y había perdido el vigor de la mente desde que se había visto afectado durante largo tiempo por la fiebre terciana en el puerto de Santa María”¹⁷. Por entonces ya contaba con 69 años y era lógico que deseara retirarse, pero jamás imaginaría que volvería al puerto de Santa María donde había enfermado y mucho menos que lo hiciera en las condiciones que se le impusieron. Cruzó el Río de la Plata y luego desde Buenos Aires partió a Córdoba a reunirse con los jóvenes. Pero sólo ejerció su nuevo puesto de trabajo por dos años ante la inminente expulsión de los jesuitas.

Los novicios no fueron ajenos a la personalidad que los dirigía y la virtud que lo caracterizó. En la mala hora fue el ejemplo del maestro que amaban por sus enseñanzas

y tomaban de modelo. Diversos testimonios de aquellos jóvenes dan cuenta de este afecto particular.

El 12 de julio de 1767

Para la ejecución de la expulsión en Córdoba, el gobernador de Buenos Aires, don Francisco de Paula Bucareli y Ursúa designó al sargento mayor del batallón de voluntarios de infantería española de aquella ciudad D. Fernando Fabro. Llegó a la ciudad con ochenta soldados y con el título de teniente de gobernador interino. Lo hizo con la orden de enviar a los jesuitas a Buenos Aires e inventariar todos sus bienes. Se instaló en el colegio con sus soldados y permaneció allí por cuatro años cometiendo todo tipo de desmanes. No obstante haber sido promovido al grado de teniente coronel, fue acusado ante la Real Audiencia de la Plata por Juan Antonio de Bárcena, al tiempo que la Junta Superior de Buenos Aires le ordenó que abandone el Colegio y se traslade a una casa en Córdoba hasta que aclare su situación. Posteriormente el mismo Vértiz expidió orden de prisión, aunque Fabro obtuvo una licencia para regresar a España y las sendas acusaciones que recibió del gobernador intendente Sobremonte se consideraron imposibles de resolver¹⁸.

Este personaje fue quien junto al auditor de guerra don Antonio Aldao, tomó el Colegio en la madrugada del 12 de julio con el mayor sigilo que pudo, pero no sin falta de violencia. El P. rector de la universidad, Pedro Juan Andreu, junto con toda la comunidad, incluidos los novicios, fueron conducidos al refectorio¹⁹, fuertemente custodiados por soldados con bayonetas caladas y donde el escribano les leyó el decreto de extrañamiento. Luego se encomendó al mismo funcionario que tomara la filiación de cada uno y distinción de grados. Los novicios se recluyeron en un rincón y al pasar el escribano Pedro Antonio de Sosa para tomarles declaración, expresó:

“Oh! Estos son los novicios? Dichosos ellos que en lance tan apretado pueden huir fácilmente con el regio beneplácito todo el golpe de trabajos y miserias que en los presentes tiempos amenazan a la Compañía”²⁰.

Peramás también se detiene en la respuesta del joven Domingo de Paz cuando el escribano le dijo que siendo novicio podía quedarse. Y este le respondió: “VM escriba mi nombre y déjese de lo demás, que no se le preguntó á los demás novicios”²¹.

Las instrucciones emanadas con respecto a los novicios fueron precisas en cuanto que debían separar a los que aún no habían hecho sus votos religiosos y conducirlos a alguna casa particular donde podían definirse por dejar de pertenecer a la Compañía y quedar en libertad, luego de firmar una declaración, o bien seguir el camino de los Padres aunque sin ningún tipo de manutención, excepto alimentación hasta que se decidan²². Es decir que la corona no los consideraba religiosos al no estar ligados con los votos a la Orden y por eso no los castigaba con el destierro, y se los dejaba en libertad de volver a sus casas o seguir a los jesuitas.

Al comunicárseles sus derechos por primera vez en el refectorio, ninguno de estos once novicios quiso abandonar a los jesuitas, pero al día siguiente, es decir en la noche del día 13 de julio, fueron separados y conducidos por el ayudante mayor D. Juan de Sardeñi al noviciado para recoger sus cosas y ser enviados al convento de San Francisco con el fin de que se siguiera persuadiéndolos de su decisión.

La separación de los novicios la recuerda el P. Juárez con profundo dolor:

“Con grande sentimiento nos apartaron de nosotros a los novicios y llevaron a San Francisco, donde los tuvieron también encerrados con bastante incomodidad suya y con la pena de verse combatidos de varias personas para que dejasen su vocación religiosa”²³.

En el convento fueron recibidos cordialmente por el Padre Guardián fray Blas de Agüero y conducidos a la “*muy húmeda, fría y oscura*” enfermería del convento. Las camas estaban sucias y llenas de chinches por lo que sólo durmieron en ellas la primera noche, haciéndolo luego sobre una tarima del altar y en sillas y taburetes que armaron como camas.

Mientras los ejecutores iban inventariando los cuantiosos bienes jesuíticos, buscando supuestos tesoros y llegaban los Padres de las estancias, uno por uno y por el término de 8 días en que permanecieron en el convento, los novicios fueron interpelados por algunos frailes a fin de convencerlos de que dejaran el Instituto. El P. Guardián tenía como sobrino suyo al novicio Bernardo Azcona. De allí quizás que tomara una actitud imparcial. Fue así como no los animó para que siguiesen en la Compañía ni que la dejaran. Otro franciscano, que años atrás había huido del noviciado jesuítico y tomado el hábito franciscano, los amedrentó constantemente. Especialmente al joven Clemente Baigorri a quien llevaron a una celda donde se encontraba su padre. El diestro fraile en retórica que sería nombrado rector del Monserrat se llamaba Francisco Javier Barzola²⁴. Se empeñó en hacer caer al novicio argumentando que seguir a los jesuitas era algo contrario al derecho natural porque se arriesgaba a perder su vida ante los inminentes peligros a que se enfrentaría. También esgrimía en su plática que era contra el derecho divino, porque al seguir a la Compañía dejaría de honrar al padre y a la madre. Finalmente que estaba en contra del derecho público, pues debía obedecer al rey cuando lo mandaba. El joven Clemente refutó inteligentemente lo dicho y el fraile se retiró dejándolo solo con su padre, quien después de haberlo amenazado de que no lo reconocería como hijo suyo, quedó deslumbrado con su plática y orgulloso de una perseverancia que ahora apoyaría.

Clemente recibirá luego a un mercedario, primo suyo, que igualmente intentó convencerlo de su determinación como lo hicieron otros parientes que vivían en la ciudad. Pero todo fue en vano y los novicios poco a poco mostraron a religiosos y seglares la unión que los animaba, como la mutua caridad con que se consolaban entre ellos. Asombraban con su perseverancia y recibían por ello muestras de afecto con gestos como el de los dominicos que pidieron los nombres de los novicios para asentarlos en la Cofradía del Rosario o del mismo deán de la catedral que les hizo llegar sus respetos y aliento a perseverar.

En medio de estos días, dos colegas del Monserrat intentaron ingresar al noviciado de la Compañía de Jesús. Uno fue nada menos que don Gregorio Funes, de por entonces 18 años, apoyado fervientemente por su madre doña María Josefa Bustos²⁵. Pero el sargento mayor Fabro no accedió al pedido. Como tampoco al del joven Gabriel Álvarez que además le pidió a su madre, recientemente viuda, que le permitiese gastar la mitad de su herencia en cubrir los gastos que tendrían los Padres en el viaje²⁶. Ambos estudiaban el segundo curso de filosofía bajo la dirección del Padre bonaerense Ramón Julio Rospiglosi.

Los novicios tenían noticias de los sacerdotes jesuitas y éstos de ellos a través de un pretendiente llamado Nicolás que servía de comunicación entre ambos. Pero al quinto día temiendo que la separación con los jesuitas fuera definitiva pidieron autorización al Guardián para escribir una carta al comisionado Fernando Fabro, para que los restituya con sus hermanos de religión, pues habían decidido continuar y seguir en la Compañía. El encargado de redactar la nota fue el H. Clemente, pero no recibieron respuesta y volvieron a escribir. A los tres días de la primera carta Fabro envió al escribano hasta el convento y en presencia del Padre Guardián tomó declaración que firmaron todos los novicios.

De esta manera al anochecer del día 21 de julio los novicios fueron devueltos al refectorio del Colegio. La población se enteró y salió a identificar a estos ejemplares jóvenes alumbrándoles el camino por el que transitaban. Como no llevaron guardias pudieron conversar con muchos que demostraron afecto y compasión.

“Iban los novicios, parte confusos, parte avergonzados, y no poco embarazados con los pequeños fardos, que habían formado de sus libritos, alguna poca ropa, y tal cual cosilla”²⁷.

Fue de mucha alegría para los Padres hacinados en el refectorio el ver que ninguno había desistido. Desbordaron de manifestaciones de regocijo y al otro día todos juntos partieron para Buenos Aires.

El traslado de Córdoba a Buenos Aires

En una noche fría del 22 de julio 130 religiosos, incluyendo los novicios, emprendían un largo viaje de 26 días hacia Buenos Aires. Los hicieron salir del Colegio entre las 11 y 12 de la noche rumbo a las carretas que se habían preparado y partieron en la madrugada del 23, para que no se agolpara la gente. Así recuerda ese momento el P. Miranda:

“Salían con los corazones partidos de dolor, por representarles con viveza el miserable estado en que quedaba la ciudad, los lamentos y llanto, que en el silencio de la noche resonaba por todas partes”²⁸.

Como debían cruzar grandes extensiones de campos sin pueblo alguno donde poder pasar una noche, se les fabricó un transporte especial que el P. Miranda llama “casas portátiles”. Eran 44 y las había de dos tipos, unas que llaman carretones y otras carretas, de confección tosca. Las primeras eran unas tablas techadas con paja o cueros apoyados en el eje de las dos ruedas, donde cabía una cama, un asiento y el baúl o petaca. Tenían una puerta trasera y una ventana por delante, tirada por cuatro bueyes que se cambiaban a la media jornada. Las otras eran un poco más estrechas con paredes de paja y techo de cuero de buey. A veces unían dos carretas poniendo un cañizo de por medio. A los novicios y a su ministro Juan de Arizaga se les asignó cuatro carretas²⁹. El resto quedó distribuido en dos sacerdotes y un hermano en un carretón y cuatro en cada una de las carretas. Viajaron 37 sacerdotes, 52 estudiantes, 30 coadjutores y 11 novicios. Se quedaron por explícitas instrucciones reales, los procuradores el P. Antonio Miranda y el H. Antonio Castillo, además del P. José de la Peña que se encontraba enfermo³⁰.

Así fueron llevados y escoltados por seis granaderos al mando del teniente de infantería D. Antonio Bobadilla³¹. El P. Peramás relata extensamente ese derrotero que se inicia con la llegada a Río Segundo donde escucharon misa e intentó sumarse a la caravana el joven estudiante Luis Castañares con el fin de acompañar a los jesuitas en el exilio. Pero lograron disuadirlo de su intento. Pasaron luego por la laguna de Empira, Río Tercero, la esquina de Ballesteros donde próximos a ella dos colegiales más pretendieron unirse. Posteriormente llegaron a Fraile Muerto donde volvieron a escuchar misa, luego al Saladillo y en el fuerte de Cruz Alta recibieron la noticia de un posible ataque de indios de la región. Pasaron por el fuerte de India Muerta y la Laguna Rabona para llegar a Pergamino, que era por entonces un pequeño fuerte con algunas casas. Arribaron luego a Arrecifes, cabecera del curato, pasando después por Areco, San Lorenzo y al fin la Villa de Luján donde la población contempló el paso con dolor, aunque con expreso silencio ya que el obispo de Buenos Aires D. Manuel Antonio de la Torre prohibió que sus feligreses se comunicaran y ayudaran a los jesuitas. Cruzaron el riachuelo de las Conchas y el pueblo de indios de Quilmes y cuando llegaron a su

estancia de la Calera, Bobadilla no permitió que oficiaran misa allí, como no se les permitió en varias iglesias por las que pasaron, por ello dice Juárez *“llevábase un altar portátil”*³². Finalmente arribaron a la Ensenada, población costera con más de cien casas donde estaban dispuestas una serie de lanchas y botes que los conducirían a las fragatas *“La Liebre”*, *“La Esmeralda”* y *“La Venus”*, junto con el jabeque llamado *“El andaluz”* apostadas en Punta Lara³³.

Todos fueron conducidos directamente a la *“La Venus”* mientras esperaron por largo tiempo que llegara de España el resto de las embarcaciones. A poco más de diez días de estar en la nave se incorporaron los jesuitas venidos de España³⁴. Pero también el mismo día y en esa misma embarcación vendrían órdenes expresas del gobernador de llevarse a los novicios a la ciudad de Buenos Aires. *“Fue indecible el sentimiento que causó así en los novicios, como en los demás padres esta separación”*³⁵. Así entraron en Buenos Aires el mediodía del 31 de agosto a la vista de todo el pueblo y escoltados por soldados que impedían que nadie hablara con ellos. Uno de los novicios, Clemente Baigorri, cuenta ese momento:

“Entramos en la populosa ciudad de Buenos Aires, hechos todos un jabón de azotes, corridos, y avergonzados por nuestro amorosísimo Jesús, que lo fue primero por nosotros. Íbamos con nuestro oficial y soldados”,

recordando la entrada del domingo de Ramos con el concurso de mucha gente *“solamente que nosotros llevábamos el sobre nombre de presos, de engañados, y de infieles al rey”*³⁶. Fueron llevados a la Casa de Ejercicios de Mujeres, donde quedaron al cuidado de una señora que vivía en ella.

Al día siguiente del arribo pasó el secretario del gobernador con un escribano, a fin de comunicarles que se les daría unos días para tomar nuevamente declaración sobre su definitiva determinación. Mientras tanto el Padre rector les nombró superior a través de una carta que envió a cada uno donde les animaba a perseverar.

Unos días después se sumaron a los once novicios de Córdoba otros ocho novicios que recién habían llegado de España en el *“San Fernando”*, arrestados antes de desembarcar. En la Casa de Ejercicios se les leyó el decreto y quedó de superior uno de los recién llegados porque era sacerdote, mientras el nombrado por el Padre rector quedó como su ministro y distributario³⁷.

Mucha gente pasaba por la Casa a los fines de alentarlos o convencerlos que desistieran de su propósito. Entre quienes los animaban estaban un franciscano y un dominico a quienes habían enviado para que los confesaran y dijese misa, como también un guipuzcoano de apellido Aramburu.

A la semana de permanecer en la Casa de Ejercicios una compañía de granaderos irrumpió en la morada, escoltando a un escribano quien les intimó el decreto y penas impuestas. A los pocos días volvieron, pero esta vez con el secretario del gobernador. Encerraron a todos los novicios en la capilla con un centinela y las autoridades se apostaron en el refectorio donde llamaron uno a uno a los novicios para leerles el decreto real y firmar lo que escogían. A medida que terminaba cada uno de los 19 novicios era conducido a los aposentos superiores sin permitir la comunicación entre ellos. Así fue que desertaron dos de los jóvenes novicios españoles recién llegados, seguramente engañados o espantados luego de siete meses de navegación.

El viaje hacia Cádiz

Los 17 novicios que quedaron firmes en su decisión fueron embarcados en una lancha a mediados de setiembre, acompañados por una multitud que los animaba y seguía por las calles. En la pequeña embarcación permanecieron tres días, soportando una

tormenta que no les permitía llegar a “La Venus”. Hasta suplicaron que los dejaran saltar a tierra hasta que pasase la borrasca, pero todo se les negó³⁸.

Tampoco todos entraron en el navío “La Venus”³⁹ a cargo del capitán Gabriel Guerra Jerezamo y el grupo de ahora seis novicios que llegaron de España, fueron conducidos al paquebot “El Príncipe” con el P. Cosme Agulló⁴⁰, designado por el gobernador como superior del grupo.

En “La Venus” llegaron a embarcarse 161 sujetos bastantes apretados, mientras que en el “San Esteban” se embarcaron los Padres del Colegio de Buenos Aires y la residencia de Montevideo, los de Santa Fe en “El pájaro” y los de Corrientes en “La Catalana”, entre otras⁴¹.

Todos juntos a la vista de Montevideo levantaron anclas y soltaron velas el 12 de octubre de 1767, “consagrado en España a Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza” desde Punta de Piedra frente a Montevideo. Con algunos contratiempos, aunque no de importancia, el viaje transcurre en los siguientes tres meses.

Se sucedieron tormentas una y otra vez. Apenas salieron se levantó una furiosa tempestad que los mantuvo en vilo por ocho días. Los barcos quedaron separados sin poderse visualizar unos de otros. El 22 de noviembre cruzaron la línea del Ecuador y fue motivo de festejos entre los marineros pues se tenía como la mitad del camino.

En el viaje murió un soldado y un marinero, pero lo más significativo de semejante trayectoria fue que tres novicios profesaron sus votos. Domingo de Paz y Juan Domínguez lo hicieron el 9 de noviembre y Pedro Céspedes el 3 de diciembre, día de San Francisco Javier. Peramás relató aquellos días especiales: “En el 7 tuvimos viento norte, bordamos y adelantamos algo. En el 8 mejoró algo, y en el 9 se puso mejor. Hicieron los votos, de bienio Domingo Paz y Juan Domínguez”⁴². Mientras que el día después de los votos de Céspedes, ya se encontraban próximos al Cabo Verde cuando avistaron naves inglesas que causaron pánico en la tripulación, pero no pasó a mayores. Luego llegaron a las Canarias y pasaron por Madeira aunque sin desembarcar en ninguna isla.

Si bien se habían provisto de abundantes provisiones, muchos alimentos se echaron a perder, incluso el vino quedó hecho vinagre. Pero sobre todo se les escatimó la comida en provecho de los marineros que la administraban. Chinchas, piojos, ratas y cucarachas dominaban los depósitos y la estrechez de los lugares asignados para dormir.

Llegaron a la Bahía de Cádiz el 1º de enero de 1768 en un día nublado donde apenas divisaban el monasterio de Nuestra Señora de la Regla, mientras el paquebot con el P. Agulló lo hizo pocos días después al Ferrol y luego a la Coruña. “La Venus” fue la primera embarcación que llegó de América transportando jesuitas expulsos.

Al cuarto día vinieron las embarcaciones que los conducirían al puerto de Santa María. Al desembarcar de noche los esperaban en la playa soldados con sus bayonetas caladas quienes tenían órdenes del gobernador de no dejarlos bajar hasta que estuviera bien aprestada la soldadesca. Había temor que se levantaran con el supuesto rey Nicolás I, de quien tanto se hablaba en España. Entraron por el río Guadalupe y fueron trasladados al “hospicio de misiones”, o como también se lo llamaba “hospicio de los Apóstoles”, que tenían los jesuitas de las provincias ultramarinas en el puerto de Santa María los desde la década de 1730, aunque fuertemente custodiado, donde tuvieron injustas prohibiciones. Recuerda el P. Juárez que entraron a la ciudad de noche, no porque hubiese peligro de tumultos

“sino por venir nosotros con suma indecencia, rotos los vestidos y casi desnudos, también porque estábamos tan flacos, malicentos, pálidos y extenuados, que al vernos de día la

gente hubiera levantado el grito de compasión y lo hubiera atribuido a la grande crueldad del trato que se nos había dado”⁴³.

La estadía en España

La vida en el hospicio comenzó con la toma de filiación de cada jesuita. Tarea que ejerció el secretario del gobernador Lorenzo de Vega y su cuñado el capitán de milicias urbanas don José Cantelmi. El primero fue rápidamente sustituido por el gobernador conde de Trigona y el comisionado militar marqués de la Cañada Terry, de linaje irlandés, cuya familia se había afincado en el puerto de Santa María en el siglo XVI, habiendo dejado los negocios mercantiles y siguiendo la carrera militar como capitán del Regimiento de Infantería de Ultonia⁴⁴.

Periódicamente llegaban noticias del arribo de nuevas naves con jesuitas provenientes de América. En este sentido los novicios de las tres provincias americanas⁴⁵ restantes llegarían en breve plazo, recibéndolos cordialmente el Hno. Baigorri y sus compañeros. Primeramente lo hicieron 18 de Santa Fe de Bogotá, a quienes rápidamente se les leyó los decretos. Igualmente se hizo con los 7 mejicanos y 2 peruanos que arribaron luego.

Los días en el hospicio se tornaron de suma incomodidad, pues la mayoría dormía en el suelo sin tener una estera que poner debajo. De allí que las enfermedades abundaban, muriendo en el mes de febrero dos hermanos provenientes del Paraguay: los Hermanos Benito Ribanedeira y Agustín Almedina. Ese mismo mes al llegar el navío “*San Esteban*” se enteraron que en el viaje habían fallecido los Padres Nicolás Contucci, Gerónimo Núñez y Sebastián Garau. Cifra no muy alta teniendo en cuenta que en este puerto murieron 38 jesuitas procedentes de América.

El número de jesuitas aumentaba considerablemente y el 20 de febrero, algunos extranjeros⁴⁶ y los ocho novicios del Paraguay, fueron trasladados al convento de San Francisco de la Observancia⁴⁷, donde el Padre vice provincial a cargo, Pedro Juan Andreu señaló como superior de los novicios al Hno. Baigorri para los casos urgentes. Inmediatamente éste fijó la distribución que debían observar los novicios en el convento⁴⁸.

Desde el convento franciscano, los jóvenes escribieron una carta a su maestro contando sus vicisitudes en esta nueva sede. Allí relataron que el día 24 irrumpió el gobernador para tomarles declaración, explorando su voluntad y anunciándoles el nuevo decreto del Consejo Extraordinario que ordenaba a los novicios que quisieran seguir en el Instituto, que se deberían costear su propio viaje a Italia, por tierra, con traje secular y sin permitirles usar sotana⁴⁹. Los novicios respondieron por escrito que

“resolvimos unánimemente seguir la Compañía del dulce nombre de Jesús, y hacer nuestro viaje, aunque sea a pie en traje de peregrino a invitación de nuestro glorioso santo Estanislao de Kostka hasta la misma Roma”⁵⁰.

El P. Escandón dio a leer la carta a sus compañeros provocando gran consuelo la perseverancia de los jóvenes. Incluso llegó a manos del P. Luengo quien comenta de la carta: “Está esta carta de los Novicios tan tierna, tan fervorosa, y tan según el Espíritu de Jesucristo que no es posible leerla sin enternecerse y sin que se asomen las lagrimas a los ojos”⁵¹. Mientras días después los jesuitas del Paraguay fueron trasladados a la Casa Eguía.

No todo eran sinsabores en la estadía de dos meses que tuvieron en el convento franciscano, y de paliar éstos se encargaban los mismos Padres alemanes allí alojados. Entre ellos y como señala Paucke había varios artistas “*ocho verdaderos músicos y seis chapuceros*” que con autorización del Padre Guardián tenían periódicamente sus

conciertos “*de violines, violones, bajos, clarines, bocinas, flautas traversas, fagotes*”, en los que asistían caballeros que se sentaban a escuchar fuera del convento, además de ensayar todos los días con las ventanas siempre abiertas y resonar la música por todo el puerto. Las fiestas religiosas contaban en la iglesia con la música que empezaron a codiciar otras Órdenes para sus propias conmemoraciones religiosas⁵².

Cuando ya llegaban a más de mil jesuitas en el puerto, se decidió trasladar a los 35 novicios allí agrupados a diversos conventos de Jerez de la Frontera, con el fin de continuar con la lucha psicológica para que dejaran la Compañía de Jesús y con amplias prohibiciones de movilidad. El 2 de mayo, luego de haber sido trasladados a la enfermería el día anterior, fueron llevados por los caminos de olivares plantados a cordel “*unos en caballos, a otros en burro ya algunos enfermos en calesas*”⁵³ y distribuidos por distintos conventos según su procedencia. El alcalde mayor con sus ministros y escribano estaba esperándolos en la entrada de la ciudad y personalmente ordenó su distribución. A los peruanos y a dos mejicanos los llevaron al convento de Carmelitas Descalzos de Belén. A los cinco mejicanos restantes se los conduciría al convento de San Agustín. Los ocho del Paraguay y los dieciocho de Santa Fe fueron destinados al de Predicadores, encomendando el alcalde a los frailes la tarea de persuasión y quedando en regresar para obtener respuesta. Dice Juárez que “*Fue muy sensible para los novicios esta división, por que preveían sus funestas consecuencias*”⁵⁴. Y transcribe Juárez lo que sintió su novicio biografiado:

*“Entramos a aquellas celdas del noviciado de Santo Domingo y luego se nos cubrió el corazón de tristeza por que la pieza era muy solitaria y sin ventanas al campo y las que caían a la calle, se puede decir, que estaban cerradas del todo, y aunque estuvieran abiertas no se presentaban por ese lado a la vista mas que ruinas de antiguos edificios”*⁵⁵.

Tanto carmelitas, dominicos y agustinos trataron infructuosamente de disuadirlos en su postura, con todos los medios que pudieron, pues hasta los amenazaban de cometer los tres mentados pecados mortales como la infidelidad al rey, la desobediencia a la Pragmática y la ausencia de caridad para consigo.

Las condiciones de hacinamiento que describen tanto el P. Miranda como el P. Juárez en Santo Domingo iban de la mano con el mal ceño que sus anfitriones les perpetraban, que ni luz querían darles por la noche. Mientras que los jesuitas de Santa María habían enviado al pretendiente Nicolás para reunir noticias de ellos y llevarles cartas de los Padres.

Pasaron 22 días cuando el alcalde regresó para saber de la resolución que tomarían los novicios. El 24 de mayo se inició otra vez el ritual de lectura del decreto. El alcalde se instaló con el prior, un escribano y un amanuense a intimarles la resolución a cada novicio que debía firmar expresamente, y luego dirigirse a la enfermería. A los dos días les dieron celdas aparte a dos novicios de Santa Fe que habían desertado, mientras que el resto se mantuvo constante en seguir en la Compañía.

El escrito del Padre Miranda nos informa que a su vez abandonaron cinco mejicanos, un paraguayo y un limeño. Agregando el P. Hanisch que de los seis jesuitas que llegaron a Montevideo con el P. José Salinas para Chile, dos dejaron la Compañía en Buenos Aires y tres abandonaron en España: el Hno. Soler pidió quedarse en San Francisco, Vallejo ir a su casa y Ríos pidió ser cartujo. El único sobreviviente, Andrés Escriche hizo sus votos y se eximió. Entre los novicios chilenos que habían dejado el Instituto y estado en Chile, estaba el joven José Francisco de la Rosa quien arrepentido junto a otros, fueron al Puerto de Santa María para que el provincial Baltasar Huever los volviera a admitir. Pero el provincial se negó ante las sugerencias del P. General de no exacerbar los ánimos del rey. El joven no obstante, viajó de polizón a Italia con los

jesuitas chilenos y en el navío volvió a insistir al P. Provincial que al final lo admitió nuevamente⁵⁶.

Ante estas alternativas y alertados los jesuitas del puerto de Santa María, enviaron a los novicios la lista de los desertores temiendo que fueran engañados con un número mayor. Anoticiados los jóvenes seguían abrazando las esperanzas de poder embarcarse rumbo a Córcega con los Padres, pero fue cuando se enteraron que ya habían partido, dejando sólo a los enfermos en Santa María.

El joven desertor paraguayo fue el coadjutor sevillano Manuel Lara, que contaba por entonces con 26 años de edad. Pero sabemos que al año siguiente, el 8 de octubre de 1769 reingresó al Instituto⁵⁷. Efectivamente lo indica el P. Juárez

“quedó tan triste y melancólico, que escribió al general de la Compañía y al provincial de los del Paraguay de donde era, y había tomado la sotana en Córdoba que quería absolutamente venir a estar desterrado con los de la provincia”⁵⁸.

La angustia de los novicios se prolongó por más de un año y medio hasta que después de varias mudanzas entre conventos, realizadas para cortar la comunicación, se les obligó a dejar la sotana quedando desterrados. Aceptaron seguir a los Padres a Italia encontrando ellos mismos los medios económicos. Así fue que el sastre les tomó las medidas y el 4 de diciembre le llevó sus trajes seculares y el escribano les tomó la filiación para hacer los pasaportes que sólo tendrían validez por seis meses, tiempo en que debían abandonar la península. La ropa que le entregaron constaba de *“una casaca, chupa, y calzones de paño ordinario, mal cortado pero cocido, un jabón de bayeta y un cabriole, un par de medias, un sombrero ordinario y dos pares de zapatos”⁵⁹*. Igual vestido dieron a los nueve que desertaron.

Del Puerto de Santa María a Faenza y el fin de las angustias

Entregaron al escribano la ropa de jesuita, recibieron las ropas de seglares y el pasaporte de manos del alcalde mayor y partieron a pie el día 10, rumbo a Santa María. En los pasaportes se dejó constancia que unos tenían cuatro meses y otros seis para abandonar los dominios españoles. Se juntaron todos en el convento del Carmen donde residía últimamente el Hno. Baigorri a fines de deliberar sobre los pasos a seguir. Determinaron viajar al puerto de Santa María y allí decidir si el viaje a Italia lo hacían por tierra o por mar, conforme a los recursos que pudieran obtener. No querían separarse y deseaban vivir todos juntos por lo que encomendaron a dos novicios que se adelantaran un día para conseguir morada y algunas limosnas. Fueron designados el Hno. Baigorri y otro novicio de Santa Fe⁶⁰.

Apenas llegaron fueron a la casa de doña María de Borja⁶¹ donde fueron recibidos amablemente. Igual trato caritativo recibieron también de doña Juana Arroyabe junto con varios de los habitantes del puerto que costearon el viaje. Los novicios llevaron una rígida disciplina como si estuvieran en un noviciado, respondiendo a un superior que hacía las distribuciones religiosas, nombraron oficios de portero, cocinero, procurador y los que juzgaron convenientes para mantenerse en comunidad. Incluso Baigorri que había hecho sus votos antes de partir de Jerez, fue designado maestro para los que habían cumplido el trienio⁶²

Luego de un mes de permanencia en el puerto de Santa María, partieron para la Bahía de Cádiz, logrando embarcarse el domingo 15 de enero de 1769 rumbo a Italia para unirse con los expatriados. Trece días después los 26 novicios que habían perseverado en continuar en el Instituto se hicieron a la vela por el Mediterráneo. Fueron recibidos en Roma por el Padre General el 1º de abril, pocos días antes que

llegaran a Cádiz los últimos jesuitas del Paraguay que venían con el provincial Vergara.

El viaje por el Mediterráneo tuvo sus percances ya que por vientos contrarios o en la necesidad de arribar a algún puerto español para tomar descanso, tuvieron que padecer muchas repulsas al punto que no los dejaban desembarcar. Así pues en Almería y Barcelona pusieron guardia para evitar que desembarquen, y fue el caso de esta última ciudad donde la madre de un novicio no pudo conseguir autorización para poder hablar con su hijo, pues no permitieron que ni baje el novicio a tierra ni suba la madre al navío. En Francia los novicios pudieron saltar a tierra sin que nadie les negara su paso. Volvieron a embarcarse y una tempestad los arrojó a Cerdeña. De allí remontaron Córcega y pasaron por Ajaccio donde tuvieron contacto con unas monjas, un capitán y dos jesuitas de la provincia de Toledo que quedaron allí por enfermos.

Ya en costas italianas arribaron a Portovenere donde cambian de embarcación para zarpar hacia el sur, a Civitavecchia, donde arribaron el 23 de marzo. Aún quedaría el último trecho que los conduciría hasta Roma.

El ingreso en Roma de los novicios, tuvo algunos contratiempos, pues la embarcación que los conducía por el Tiber poco antes de arribar recibió variados insultos “*diciéndole que llegaba la peste a Roma*”. Pero en su defensa salió un fraile franciscano que arengó a la multitud haciéndoles entender lo equivocado de aquellas apreciaciones despectivas. Faltando cinco millas para llegar enviaron por tierra a Baigorri y su compañero para que dieran la noticia del arribo al Padre General y recibir órdenes de lo que debían hacer.

Al llegar a la ciudad sólo se vieron muestras de afecto, sobre todo del P. Lorenzo Ricci que los fue a recibir y felicitar por su constancia. Fueron conducidos al noviciado de San Andrés en el Quirinal, en cuya sobria capilla de Bernini está sepultado San Estanislao de Kostka. Aquí se les entregó la sotana, compartiendo diez días con los novicios italianos y visitando varios templos. Luego el Padre General los envió a las ciudades donde se ubicaban sus provincias. Previamente el Hno. Baigorri escribió una carta al Padre provincial y al maestro de Novicios Escandón pidiéndole en nombre de todos los novicios ser admitidos en la Compañía de los Padres del Paraguay.

Así pues, el 10 de abril de 1769 dejaron Roma para dirigirse a Faenza. Un día y medio permanecieron en Loreto visitando el santuario, hasta que al fin el maestro de novicios del Paraguay, ahora provincia de San José⁶³, Juan de Escandón, los recibió en Faenza el 23 de abril, seguramente acompañado de su ayudante el P. Arizaga. Luego de la inmensa alegría que causó la presencia de los “invencibles” novicios en la comunidad jesuítica, los jóvenes renovaron sus votos en la Casa de Probación. De allí pasaron a la casa donde residía el P. Juárez, la del señor canónigo penitenciario don Domingo María Fanelli, donde estaban las aulas de estudio⁶⁴.

A los novicios desterrados Carlos III no compensó con pensión alguna y su situación económica fue delicada a pesar de las colectas que se hacían en América.

Cabe consignar que los once novicios del Paraguay fallecieron en Italia. Uno de ellos, el sevillano Manuel Lara, que como dijimos abandonó el Instituto pero volvió a ingresar a la provincia americana en el exilio en 1769, fue el último en morir en 1827 cuando se encontraba en Faenza. Los americanos nunca más volvieron a su tierra natal. Uno de ellos y de ilustre memoria fue el tantas veces mencionado Hno. Clemente Baigorri que luego de un resfrío enfermó de pulmonía, permaneciendo un mes convaleciente hasta que el P. Domingo Muriel le dio la Extremaunción, falleciendo a los 23 años en Faenza, el 23 de enero de 1770. A su tiempo lo recordó hasta el acreditado P. Luengo quien mencionó:

“este joven Novicio es una cosa tan singular y tan extraordinaria que parece tiene la Compañía en él otro San Luis Gonzaga o San Estanislao de Kostka o una cosa semejante muy de cerca a estos santísimos jóvenes”⁶⁵.

Finalmente, las últimas noticias que tenemos del Maestro de Novicios, P. Juan de Escandón, nos la brinda su contemporáneo, el P. Peramás, quien afirma que después de recibir el viático: *“dio largas gracias a Nuestro Señor Jesucristo en voz alta y en lengua guaraní”⁶⁶*. El escuchar aquella delicada lengua conmovió notablemente a los compañeros y novicios que le rodeaban y fue un emblemático sello del amor y entrega de los jesuitas al mundo americano. Falleció en Faenza el 8 de enero de 1772.

Apéndice

Lista de novicios del Noviciado de la provincia jesuítica del Paraguay

	Novicio	Lugar y año de nacimiento	Lugar y año de fallecimiento	Primeros Votos	Dimisión
1	Domingo de Paz, s	Santiago del Estero, (Arg.), 1747	Ravena, 1773	Sta Brígida, 1767	
2	Bernardo Azcona, s	Asunción, (Arg.), 1745	Roma, 1815		
3	Francisco Urrejola, s	Santiago del Estero, (Arg.), 1750	Faenza, 1779		
4	Clemente Baigorri, e	Córdoba (Arg.), 1746	Faenza, 1779		
5	Juan Domínguez, c	Huelva, (Esp.), 1728	(Ultima noticia Faenza 1785)	Sta Brígida, 1767	
6	Pedro Céspedes, c	Cuenca, (Esp.), 1734	Faenza, 1787	Sta. Brígida, 1767	
7	Manuel Lara, c	Sevilla, (Esp.), 1745	Faenza, 1827		Dimite 1768 Reingresa 1769
8	Juan José Ríos, c	Corrientes, (Arg.), 1742	Ravena, 1779		
9	Joaquín Iribarren, c	Guipúzcoa, (Esp.), 1744	Faenza, 1777		
10	José Elguezabal, c	Vizcaya, (Esp.), 1747	Venecia, 1797		
11	Hipólito Ortiz de Urbina, c	Vitoria, Alava, (Esp.), 1744	Faenza, 1815		

Notas

¹ MANUEL RUIZ JURADO SI, Orígenes del noviciado en la Compañía de Jesús, Roma, Institutum Historicum SI, 1980. MANUEL RUIZ JURADO SI, “Probación”, en CHARLES E. O’NEILL SI y JOAQUÍN MA. DOMINGUEZ SI (Directores), “Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús, Biográfico-Temático”, Roma-Madrid, Institutum Historicum SI – Universidad Pontificia de Comillas, 2001. FERMÍN MARÍN BARRIGUETE, “La renovación religiosa de los jesuitas y los noviciados: fundación e inicios de San Ignacio de Madrid”, en Revista de arte, geografía e historia, N° 1, Madrid, 1998, pp 573-613. INMACULADA FERNÁNDEZ ARRILLAGA, Los novicios de la Compañía de Jesús: la disyuntiva ante el autoexilio y su estancia en Italia, en ENRIQUE GIMÉNEZ LÓPEZ, Y en el tercero perecerán. Gloria, caída y exilio de los jesuitas españoles en el siglo XVIII, Universidad de Alicante, 2002, p. 252.

² Sobre Juan Romero ver NICOLÁS DEL TECHO, Décades Virorum Illustrium Oaracuariae Ex Historia ejusdem Provinciae, & aliunde depromptae..., Parts Prima, Tyrnaviae, Anno MDCCLIX, pp 72-81. Nació en Marchena, Sevilla en 1560, ingresando a la provincia jesuítica de Andalucía en 1584. El P. Romero llega a la

región rioplatense en 1593, siendo superior de la misión desde esa fecha hasta la creación de la Provincia del Paraguay cuando es nombrado primero Maestro de Novicios y luego primer Procurador a Europa. Regresó en 1610 y posteriormente fue nombrado primer provincial de Chile en 1626, falleciendo en Santiago el 31 de marzo de 1631 (HUGO STORNI, SI, Catálogo de los jesuitas de la provincia del Paraguay (Cuencadel Plata) 1585-1768, Roma, Institutum Historicum SI, 1980, pp. 248-249).

³ Eran ellos el estudiante Juan de Salas, y los coadjutores Juan de Aragón, Claudio Flores y Juan de Villegas. Los que debían continuar con su Tercera Probación, que habían comenzado en Lima y habían llegado a Córdoba con el P. Torres, eran los memorables Francisco Vázquez de la Mora, Marcoantonio D'Otaro y Juan Pastor (PEDRO LOZANO SI, Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay, Madrid, Imp. de la viuda de Manuel Fernández, MDCCIV Tomo 1, pp. 735-737).

⁴ PABLO PASTELLS SI, T. 1, p.155. Ya los novicios eran Andrés Hernández, Antonio Ruiz, Pedro Romero, Alonso de Aguilera, Luis de Molina, Baltasar, Juan de Salas y Juan de Villegas.

⁵ ARSI Paraq. 11, f. 147 "El principio y progreso que ha tenido el Noviciado de la Provincia del Paraguay es el siguiente" Diego de Torres, 22 de febrero de 1623.

⁶ PASTELLS SI, T. 1, p. 354.

⁷ CARLOS A. PAGE, La Manzana Jesuítica de la ciudad de Córdoba, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba y Universidad Católica de Córdoba, 1999, pp 38 a 41.

⁸ Ibid, pp 85 a 88.

⁹ CARLOS A. PAGE, La estancia jesuítica de Alta Gracia, Córdoba, Universidad Católica de Córdoba, 2004, p. 34.

¹⁰ Ver apéndice.

¹¹ GUILLERMO FURLONG SI, José Manuel Peramás y su diario del destierro (1768), Buenos Aires, Librería del Plata, 1952, p. 138.

¹² El vizcaíno Padre Arizaga nació en Durango el 23 de setiembre de 1712. Ingresó a la provincia del Paraguay en 1737, profesando el sacerdocio tres años después. Fue destinado a Salta donde hace sus últimos votos en 1749. Muere en Faenza el 12 de octubre de 1779 (STORNI, p. 22).

¹³ El H. Scola nació en la norteña ciudad costera de Loano, de la provincia de Savona, Italia, el 18 de agosto de 1735, ingresando a la Compañía de Jesús en 1760. Hizo sus últimos votos en el exilio en la ciudad de Fiastra en 1771, alcanzando el sacerdocio algunos años después. Muere en Tívoli cerca de Roma en 1785 (STORNI, p. 267).

¹⁴ JOSÉ MANUEL PERAMÁS SJ, Vida y obra de Seis Humanistas, Traducción Antonio Ballus, Buenos Aires, Ed. Huarpes, 1946, pp. 193 a 234.

¹⁵ GUILLERMO FURLONG SJ, Juan de Escandón SJ y su carta a Burriel (1760), Buenos Aires, Ed. Theoría, 1965.

¹⁶ STORNI, p. 91.

¹⁷ PERAMÁS, 1946, p.225.

¹⁸ PAGE, 1999, p. 75.

¹⁹ "El refectorio tiene 32 varas de largo y 7 1.2 de ancho; mas las 13 meses con sus asientos fijos, hacía la pieza muy incómoda para 133 sujetos", dice Peramás y agrega que los colchones que se llevaron "se tendían por en medio, por debajo y por encima de las mesas y no quedaba lugar para una aguja". Finalmente señala que "en las esquinas últimas se destinaron para los vasos inmundos, que nos trajeron para las precisas necesidades" (FURLONG, 1952, p. 98).

²⁰ Francisco J. Miranda: Relación de lo acaecido a los novicios de la provincia que fue del Paraguay, hoy de San José, Archivo Histórico de Loyola (AHL), C 19, N 03. El P. Miranda nació en Ledesma, Salamanca en 1730 y falleció en Bolonia en 1811. Ingresó a la provincia del Paraguay en 1746, encontrándose para la expulsión en Tucumán. Fue profesor de Derecho Canónico, prosecretario del Provincial Barreda, y capellán de los guaraníes que fueron a tomar la Colonia en 1762. Dentro de su intensa labor escrita en el exilio de Italia cabe mencionar "El fiscal fiscalizado", defensa jurídica e histórica de la Compañía de Jesús contra la Consulta de Campomanes y "Vida del P. Muriel" último provincial del Paraguay. Sobre la autoría del documento GUILLERMO FURLONG SJ, Francisco J. Miranda y su Sinopsis (1772), Buenos Aires, Colección Escritores coloniales rioplatenses, Ediciones Theoría, 1963, p. 38. En el mismo Archivo y en idéntica carpeta se encuentra presidiendo el documento de Miranda una copia manuscrita del P. Pablo Hernández que publicó en 1906: "Los novicios de Córdoba del Tucumán y otros novicios Americanos – Relato de sus pruebas y constancia en seguir la Compañía de Jesús en la expulsión de Carlos III; y sucesos de otros novicios americanos. Ms copiado en el Archivo de Loyola por el R.P. Pablo Hernández SJ en 1902". Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires, Buenos Aires, Año VI, 1906, pp. 199-209, 285-297 y 367-380.

²¹ FURLONG, 1952, p. 95.

²² Instrucción de lo que deberán executar los Comisionados para el Estrañamiento y ocupación de bienes y haciendas de los Jesuitas en estos Reynos de España é Islas adyacentes, en conformidad de lo resuelto por S.M., En Colección General de las Providencias hasta aquí tomadas por el gobierno sobre el estrañamiento y ocupación de temporalidades de los regulares de la Compañía... Madrid, Imprenta Real de la Gazeta, Año 1767, pp. 8-9.

²³ CARLOS A. PAGE, Gaspar Juárez SJ y su relación inédita sobre la expulsión, en Revista del Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba, Año 2, N° 2, 2001, p. 233.

²⁴ Este fraile había pretendido ingresar a la Compañía pero no lo logró creando en él un profundo desafecto por la Orden. A tal punto que fue quien facilitó información al comandante Fabro para la mejor ejecución de sus fines. De tal manera que el mismo comisionado lo nombró rector del Monserrat, teniendo, una actuación mediocre, en que los mismos franciscanos aborrecieron de él y luego de diversos conflictos que provocó fue reemplazado por fray Pedro Nolasco Barrientos (CAYETANO BRUNO SDB, Historia de la Iglesia en Argentina, Vol VI (1767-1800), Buenos Aires, Ed. Don Bosco, 1970, p. 519).

²⁵ GASPAR JUÁREZ SJ, Elogio de la Señora María Josefa Bustos. Americana, Roma, 1797. La obra se reeditó en 1949 con una introducción de Luis Roberto Altamira. Juárez escribió esta semblanza como lo hizo San Agustín con su madre Santa Mónica, luego de recibir la noticia de la muerte de la madre de los hermanos Gregorio, Ambrosio y el jesuita Domingo.

²⁶ FURLONG, 1952, p. 106.

²⁷ Miranda, Relación... AHL, C19 N 03.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ ITALO MIGUEL VIOTTO, Vida del estudiante Clemente Baigorri, en Congreso 400 años de los jesuitas en Córdoba, tomo 3, Córdoba, 1999.

³⁰ FURLONG, 1952, p. 108.

³¹ Bobadilla llevaba una carreta llena de libros y alhajas que había sustraído de las estancias donde le tocó intervenir. Al llegar a Buenos Aires y enterado el gobernador Bucareli del mal trato que le dio a los Padres en el viaje le embargó la carreta que la había dejado en una estancia porteña (FURLONG, 1952, p. 116).

³² Gaspar Juárez SI, Vida del Hermano Joseph Clemente Baigorri de la Compañía de Jesús, AHL Ilustres. Legajo 20, N° 7.

³³ FURLONG, 1952, p.p 110-112. Las embarcaciones también llevaban por otro nombre: "*San Esteban*", "*La Catalina*", "*Santa Brígida*" y el paquebot "*El pájaro*".

³⁴ Habían sido solicitados por el provincial Pedro Juan Andreu en 1763 a los fines de incorporar misioneros a diversas reducciones. El fiscal del Consejo de Indias estuvo de acuerdo en el número solicitado y un año después el presidente de la Casa de Contratación autorizó el embarque. Se presentó una primera lista de cuarenta sujetos y luego fue modificada. Poco después una cédula real fechada el 29 de enero de 1767 sólo permitía embarcar a las Indias sacerdotes ya ordenados, a excepción de coadjutores legos. Pero ya había zarpado el primer grupo de 42 jesuitas para el Paraguay y Chile en el navío "*San Fernando*" a cargo del maestre don Benito de Viñas y Freire. Cabe consignar que en el viaje cuyo superior era el P. Francisco Javier Varas fallecieron seis jesuitas. Zarparon desde Cádiz el 11 de enero de 1767, y permanecieron por dos meses en las costas españolas ante el mal tiempo que azolaba el puerto. Luego de todo tipo de padecimientos arribaron a Montevideo el 26 de julio. La otra nave que llevaría al resto de la expedición autorizada de dieciséis sujetos a cargo del P. José Sanz, llamada "*Diamante o San Nicolás*" a cargo del maestre don Manuel de la Encina, no zarparía con los jesuitas por el decreto de la expulsión, aunque viajaría al Río de la Plata a fin de cargar expulsos.

³⁵ PAGE, 2001, p. 236.

³⁶ Juárez SI, Vida, AHL Ilustres. Legajo 20, N° 7.

³⁷ El *distributario* como sugiere el término era el encargado de ordenar disciplinadamente las actividades religiosas de la comunidad, en oración, exámenes de conciencia, lección espiritual, rosario, pláticas de comunidad, triduos de renovación, ejercicios anuales de San Ignacio, prefectura de espíritu, confesiones, comuniones, silencio, penitencias, culpas en el refectorio, catecismo a los criados a los pobres.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ La fragata *la Venus*, conocida también como Santa Brígida fue construida en los astilleros de La Carraca en Cádiz y botada en 1755. Tenía un desplazamiento de 800 toneladas, con una eslora de 33 metros y una manga de 9 metros. Perteneciente a la escuadra de Cádiz, contaba con sólo entre 28 y 30 cañones, lo que la hacía veloz pero la colocaba en una situación de desventaja ante cualquier ataque de fragatas francesas o inglesas, que contaban al menos con 40 cañones. Llevaba como mascarón de proa la efigie de un león rampante, como los navíos de línea de entonces. Fue la que comandó la flota que partió con la primera tanda de jesuitas expatriados, al mando del capitán Gabriel Guerra Jerezamo. Prestó servicios hasta 1809.

⁴⁰ El Padre Agulló nació en Finestrat, Alicante, el 25 de octubre de 1710, ingresando en la Orden de la provincia de Aragón a los 17 años. Llegó a Buenos Aires en la expedición del Padre Machoni de 1734. Sus últimos votos los profesa en Buenos Aires en 1744. Del colegio de San Ignacio, donde eras rector, fue llevado a Europa, muriendo en Faenza el 31 de marzo de 1772 (STORNI, 1980, p. 5).

⁴¹ 16 naves se señalan en fuentes como el Archivo Histórico Nacional de España (AHNE) Clero Jesuitas, Leg. 826 y 827. Aunque aquí se anotan seis naves que transportaron entre uno y dos jesuitas. Las más concurridas fueron “La Venus” y “La Esmeralda”, con arriba de un centenar cada una. Mientras casi medio centenar llevaron “San Esteban” y “San Fernando”, repartiéndose el resto entre las naves “El Estocolmo”, “El Pájaro”, “El Rosario” alias “San Francisco Javier”, “Nuestra Señora de Aránzaza”, alias “La Venganza”, Nuestra Señora de los Remedios”, “Nuestra Señora del Buen Consejo” alias “Los Placeres”, Nuestra Señora del Pilar” y “San Nicolás” alias “El Diamante”.

⁴² FURLONG, 1952, p. 146.

⁴³ PAGE, 2001, p. 245.

⁴⁴ MARGARITA GARCÍA-MUAURIÑO MUNDI, La pugna entre el Consulado de Cádiz y los jenízaros por las exportaciones a Indias (1720-1765), Universidad de Sevilla, 1999, p. 277.

⁴⁵ Las provincias ultramarinas de la Asistencia de España eran: Filipinas, Chile, Paraguay, Perú, Quito, Santa Fe y México.

⁴⁶ Entre ellos Florián Paucke que dejó una relación de su estadía en el Puerto de Santa María. Pero se contradice con la relación del P. Miranda, diciendo que la marquesa de Borja había solicitado al gobernador poder alojar a los novicios y otros jesuitas en su palacio. “*Esto se permitió también y ella recibió ahí setenta y dos jesuitas junto con los novicios a los cuales atendió con el mayor afecto*” (FLORIÁN PAUCKE, SI, Hacia allá y para acá (una estada entre los indios mocobíes, 1749-1767, traducción castellana por Edmundo Wernicke, Tucumán-Buenos Aires, Tomo III, Primera Parte, 1944, p. 135).

⁴⁷ Paucke lo describe “*situado al fin de la ciudad sobre un cerro alto tenía un jardín primoroso*”, agregando “*habitábamos en un gran salón que se hallaba en la esquina del convento y tenía una agradable vista hacia la ciudad de Cádiz*” (PAUCKE, p. 135). Ubicado sobre la plaza del Ave María fue fundado por don Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, en 1517. En 1570 se comenzó la construcción de la iglesia que es la única construcción que sobrevivió. Las vueltas de la historia hicieron que en el siglo XIX pasara a los jesuitas, quienes levantaron allí el Colegio de San Luis Gonzaga, conservando el patrón original de la iglesia y su edificio.

⁴⁸ Juárez, Vida..., AHL Ilustres. Legajo 20, N° 7.

⁴⁹ FURLONG, 1952, p. 171. La misma carta transcribe el Padre Juárez en la biografía de Baigorri AHL Ilustres. Legajo 20, N° 7.

⁵⁰ Miranda, Relación..., AHL, C 19, N 03.

⁵¹ INMACULADA FERNÁNDEZ ARRILLAGA (Ed.) Memorias de un exilio. Diario de la expulsión de los jesuitas de los dominios del Rey de España (1767-1768) Manuel Luengo SI, Universidad de Alicante, 2001, p. 656.

⁵² PAUCKE, p. 136.

⁵³ Miranda, Relación, AHL, C 19, N 03.

⁵⁴ AHL Ilustres. Legajo 20, N° 7.

⁵⁵ Ibid.

⁵⁶ WALTER HANISCH SJ, Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile (1767-1815), Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, 1972, p. 68.

⁵⁷ STORNI, p. 157.

⁵⁸ PEDRO GRENÓN SJ, Los Funes y el P. Juárez. Primera parte, Córdoba, Biblioteca Funes, 1920.

⁵⁹ Miranda, Relación... AHL, C19 N 03.

⁶⁰ Juárez, Vida..., AHL Ilustres. Legajo 20, N° 7.

⁶¹ Era descendiente por línea paterna de los duques de Gandía, y de San Francisco de Borja. Se casó con el comerciante y traficante de esclavos, caballero de Santiago don Miguel de Uriarte Herrera con quien tuvo de hijo al que fue Capitán General de la Armada Española Francisco Javier Uriarte Borja. Su residencia la tenían calle de por medio con el Hospicio de Misiones. Tenía especial consideración con los cordobeses pues dice el Padre Pedro Grenón que esta familia les entregó el crucifijo con que murió San Ignacio y se conservó en la capilla doméstica de Córdoba.

⁶² Juárez, Vida..., AHL Ilustres. Legajo 20, N° 7.

⁶³ Carlos III, en carta del 12 de julio de 1769, notificó al Padre General de la Compañía de Jesús que se abstuviera de nombrar provinciales y mantener o refundar colegios con las denominaciones españolas. Obviamente no se acató tal mandamiento y al cumplir su trienio el Padre Robles, fue reemplazado por el Padre

Muriel. Pero a partir de ese momento las designaciones españolas cambiaron por santos de la Iglesia y a la provincia del Paraguay se la designó provincia de San José, manteniéndose hasta la abolición del Instituto.

⁶⁴ Apenas llegaron los jesuitas del Paraguay a Faenza fueron al palacio “La isola” que les había cedido generosamente el conde Cantoni y que se ubicaba en las afueras de la ciudad sobre el río Lamone. Los 80 jesuitas que allí residieron se mudaron luego a la casa del canónigo Fanelli. Otro grupo vivía en cinco casas en Ravenna y otro en dos casas de Brisighella (FRANCISCO JAVIER MIRANDA SI, *Vida del venerable sacerdote don Domingo Muriel...*, Córdoba, 1916, p. 329).

⁶⁵ AHL, Manuel Luengo SI, *Diario de la expulsión de los jesuitas de los dominios del rey de España, al principio de sola la provincia de Castilla la Vieja después más en general de toda la Compañía, aunque siempre con mayor particularidad de la dicha provincia de Castilla*. 6 de febrero de 1771.

⁶⁶ PERAMÁS, 1946, p. 229.